Apología—selecciones — 64-66 — Robert Barclay 1678
La Palabra eterna

Cuán necesario es buscar la certidumbre de las Escrituras directamente del Espíritu, y de ningún otro lugar. La verdad de esto se manifiesta en los innumerables altercados e infinitas contiendas de los que buscan autoridad en otro lugar.

Los mismos antiguos de los primeros siglos no estaban de acuerdo entre sí acerca de las Escrituras. Algunos de ellos rechazaban libros que nosotros aprobamos, mientras que otros aprobaban libros que algunos de nosotros rechazamos. Los que conocen la antigüedad en lo más mínimo saben de las grandes contiendas con respecto a la segunda epístola de Pedro, la de Santiago, la segunda y tercera de Juan, y también tocante al Apocalipsis que muchos aun entre los más antiguos, muy cerca a la época apostólica, niegan que fue escrito por Juan el hermano de Santiago y el bien amado discípulo, sino por otra persona del mismo nombre. ¿Qué sería de los cristianos si no hubieran recibido ese Espíritu y esos sentidos espirituales, por medio de lo cual saben distinguir entre lo verdadero y lo falso? Sin duda, es privilegio de las ovejas de Cristo que oyen su voz y rechazan la del extraño.[1] Si se nos quita este privilegio, nos dejan presa de todo tipo lobos.

Reconocemos que las Escrituras son divinas y celestiales, amplias y sumamente útiles para consuelo y para la iglesia de Cristo. Alabamos y agradecemos al Señor por esa providencia que preservó estos escritos tan puros e incorruptos como los tenemos, después de una larga y oscura noche de apostasía, para dar testimonio por su Verdad contra las iniquidades y abominaciones aun de aquellos a quienes usó como instrumentos de la preservación, quienes las preservaron para servir de testimonio contra sí mismos. Sin embargo no podemos llamar las Escrituras la fuente principal de toda Verdad y conocimiento, ni la primera regla adecuada de fe y conducta. La fuente principal de la Verdad tiene que ser la misma Verdad; es decir, aquello cuya autoridad y certidumbre no

[1] Juan 10:1-5

depende de ningún otro. Cuando dudamos del agua de algún río o corriente, buscamos la fuente, y cuando la descubrimos, allí quedamos sin poder continuar adelante, porque brota de las entrañas de la tierra, que son impenetrables. Así mismo, todos lo escrito y lo dicho por seres humanos han de ser llevados a la Palabra de Dios, es decir, la Palabra Eterna, y si concuerdan con ella, allí nos quedamos. Porque esta Palabra ha procedido de Dios eternamente, y hoy procede de Dios; por la Palabra son revelados a nosotros la sabiduría incomprensible, y el consejo y la voluntad inescrutables concebidos en el corazón de Dios.[2]

Fuente: Robert Barclay, *Apology for the True Christian Divinity,* prop. III, sec. I & II (Glenside, PA: Quaker Heritage Press, 2002), pp.64-66; Roberti Barclaii, *Teologiae verè Christianae apologia,* facsimile (Amsterdam: Jacob Claus, 1676), p. 37-38.

[2] Refiriéndonos al primer capítulo de Juan y otros lugares donde la palabra griega logos indica a Cristo: en Reina 1569, y Reina-Valera 1602 se traduce logos como "Palabra"; ya para 1865 Reina-Valera había cambiado a "Verbo." En inglés se mantiene la traducción Word tanto en versiones modernas como en la traducción de Tyndale 1526 y de King James 1611. No sabemos el porqué de este cambio en español, pero quizás tenga significado para la controversia sobre la Biblia que ha existido en el cuaquerismo desde los tiempos de Fox y Barclay: véase por ejemplo la carta al Gobernador de Barbados que mantiene que la Biblia es palabras de Dios mientras Cristo es la Palabra de Dios (texto completo en www.raicescuáqueras.org página OtrasAntologías).